

Más allá del patriarcado: la niñez y la maternalidad en Nietzsche

Leandro Drivet

“En el hombre auténtico se esconde un niño: éste quiere jugar”
(Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 106).



IMAGEM: Gustav Klimt

Introducción

Nos interesa en este trabajo, en primer lugar, rastrear algunos rasgos salientes de las concepciones tradicionales de la infancia y la niñez, especialmente de los mitos que organizan las subjetividades occidentales. Para ello, recurrimos a la Biblia y a la historia del cristianismo. Luego, contrastamos la valoración patriarcal y mercantil de la infancia y la niñez con la figura del niño en el pensamiento transvalorador de Nietzsche. Desde sus escritos juveniles, Nietzsche (1872/1994) había detectado el riesgo del agotamiento de la experiencia estética (trágica) que alberga la desmesura, el arrobamiento, el éxtasis, el baile, el canto y el juego, bajo el despotismo del socratismo estético, una forma gris y desapasionada de la adultez *anestesiada*, adaptada a la mediocridad de lo normal y lo esperable. Pero es fundamentalmente en *Así habló Zaratustra* donde Nietzsche destaca la singularidad creadora de la niñez (cf. Niemeyer, 2012). Sostenemos que allí brinda aportes significativos para el desarrollo de una perspectiva que tenga como objeto de estudio específico el mundo de la infancia y la niñez. Concluimos afirmando que dicha perspectiva que pone de relieve la violencia contra los niños está indisolublemente ligada a la concepción nietzscheana del “materialismo”.

Aspectos salientes de la niñez en nuestros mitos fundantes

Para los griegos, *paidós* es tanto niño e hijo como esclavo, y su raíz hace especial énfasis en el vínculo del niño con el padre. Se distingue por ello del vocablo *téknon*, que, proveniente de un verbo que significa dar a luz, parir, engendrar, señala ante todo el vínculo filial con la madre. Mientras que *téknon* es una categoría doméstica, *paidós* tiene desde sus orígenes un alcance político. Es significativo que la raíz indoeuropea de la que nace *paidós* se asocia a lo pequeño, breve, escaso, poco, insignificante y humilde (Dumé, 2015).

El término “chico” proviene del latín *ciccum*, que el *Oxford Latin Dictionary* define como “un objeto proverbialmente sin valor” [“A proverbially worthless object”]. La Real Academia Española establece que la “puerilidad” es algo propio de un niño tanto como una “cosa de poca entidad o despreciable”. La niñez no existió como objeto de la atención intelectual sino hasta Rousseau. No obstante, no sin razones, pero con cierta injusticia, para la Modernidad la minoría de edad es, unilateralmente, sinónimo de incapacidad¹. Es por ello relevante recuperar una perspectiva de análisis que contribuya a poner de relieve un tipo de violencia que no se reduce a las desigualdades de clase. No del todo desconocida, la violencia ejercida sobre los infantes y los niños de ambos sexos por los adultos se encuentra, en lo que respecta a la crítica del patriarcado, en un segundo plano respecto del invaluable aporte de los abordajes feministas². No obstante, no es en el trabajo (alienado) adulto ni en el vínculo sexual adulto, sino en la relación entre los adultos y los niños donde puede encontrarse el principio de la reproducción del orden social existente. Como recuerda el lenguaje (incluso a espaldas de la consciencia de los parlantes), y supo notar Rozitchner (2011), el *mater*-ialismo comienza con la relación de la cría con su madre. Se extravía, por ende, con la represión de ese vínculo.

Para contextualizar la importancia actual de nuestro tema, bastará sobrevolar la agenda mediática para advertir la relevancia y la actualidad de la reivindicación de una crítica del patriarcado no restringida a la perspectiva de género – que resulta indispensable: la violencia contra los niños, y muy especialmente la violencia sexual de la que siguen siendo víctimas, sin exclusión de clases, ocupa periódicamente las portadas de la prensa internacional señalando la complicidad de diferentes sectores (sino de la jerarquía) de la Iglesia Católica y del poder político y financiero aliado a la misma.

A la inveterada explotación de los niños como fuerza laboral, como simple materia dispuesta para la satisfacción de pulsiones sádicas, como mercancías, así como a su uso como objetos sexuales, la Argentina ha añadido la expropiación de su identidad por motivos ideológicos. Se comprende rápidamente por qué es necesario poner el

1 Frigerio (2008) ha reconocido, entre otros filtros ideológicos, el prejuicio de clase que nos obliga a hablar en plural de “infancias” y diferentes formas de la niñez. En la esfera pública contemporánea, “niño” parece ser sólo el perteneciente a una clase privilegiada: los pobres son sencillamente “menores”.

2 El cuerpo de los niños (y niñas, por supuesto) no suelen estar como prioridad entre los *cuerpos que importan* (cf. Butler, 2008), aunque es justo reconocer que en las teorías a las que aludimos se encuentran herramientas para la tematización del dominio del que nos ocupamos.

acento en un ángulo descuidado de la crítica del patriarcado que tiene su núcleo en la necesidad de someter al tribunal de la razón a la violencia que no cesa de actualizarse en la relación social específica entre adultos y niños³.

La perspectiva que enfatiza la centralidad de los derechos de los niños es contigua y solidaria de aquella que defiende los derechos animales / ambientales / naturales en tanto está ocupada de los derechos de los (aún) sin voz o, tal como precisa Derrida (2010), de aquellos a quienes se supone incapaces de *respuesta*: los seres vivos no humanos y las generaciones futuras. El “olvido” o postergación de los “cuerpos menores” es un síntoma de largo plazo vigente en nuestra época. Éste podría entenderse como una consecuencia del desprecio por la naturaleza no humana (Schaeffer, 2009), en este caso de la naturaleza que (todavía) no se articula a sí misma, ni es reconocida por otros como sujeto.

El desprecio de los niños es una constante que precede y rebasa la moralidad cristiana, pero que ésta ejerció ejemplarmente. A juicio de Freud (1900/1991, p. 271. *Cursivas nuestras*) “el destino de Edipo nos conmueve porque *habría podido ser el nuestro (...)*”. León Rozitchner (2001) argumenta de modo convincente que la figura dramática que hoy nos conmueve desde la infancia, seamos o no creyentes, es Cristo. Él sugiere desde la cruz que su destino podría ser el nuestro. Su figura es la del hijo que muere, según nos dicen, en nombre del padre, por rebelde.

Las normas de civilidad comienzan, como demuestra Norbert Elias (1939/1993), haciendo a los niños objeto del control adulto. Ellos albergan simultáneamente la espontaneidad y el exceso, la imposibilidad de disimular, la desfachatez, la “perversión” y la inocente irreverencia. La refinada mirada psicológica ya indica que es allí, en la “tierna infancia”, donde deben comenzar los controles, las coacciones, la enseñanza de las reglas sociales: el pecado, lo afirma Agustín (1999), comienza allí. Ese cuerpo - a medias madre y a medias animal -, infinito, impredecible y seductor *por lo que es y por lo que nos recuerda*, debía ser modelado.

El cristianismo, digámoslo con ambigüedad freudiana, se ocupó de *ello*. En las *Confesiones*, Agustín (1999, p. 23) se vale de una pregunta retórica para afirmar que son los infantes los que nos muestran “el pecado de la infancia” que no “recordamos” de nosotros: el haber deseado con ansias el pecho materno. El obispo de Hipona se siente morir de vergüenza frente a este espejo que apenas se atreve a mirar para olvidar de inmediato. Rozitchner (2001) supone, analizando las *Confesiones* de Agustín, que el desprecio cristiano por los niños es un desplazamiento, o acaso parte inescindible del mismo odio/terror por la “*mater*-ialidad”, concepto que condensa madre y materia. Este carácter anti-*mater*-ialista del mito explicaría por qué la madre en el cristianismo es Virgen, por qué engendra “sin pecado”, es decir, sin placer, sin goce carnal, no con un hombre (carnal) sino con su propio Padre, y por qué esa madre sensual se halla desplazada de la Trinidad de Padre, Hijo y Espíritu Santo. Foucault (1987), sin destacarlo

3 Al respecto, cf. Autor, 2010.

puntualmente, anota que la tipificación de la “corrupción de menores” desaparece en la transformación de la jerarquía judaica del pecado carnal que escribe Casiano. Esta falta tampoco es mencionada por San Pablo, que conociéndola la silencia, por lo cual parece tratarse de una represión cristiana, y no judaica. Lo “impuro” de la niñez podría ser su proximidad con la sensualidad *material*. La interacción primaria con la madre que rebasa de sexualidad lo meramente autoconservativo en dirección adulto-niño (Laplanche, 1987/2001) es un revelador de las fantasías inconscientes que el adulto presume superadas y considera – sin razón – exclusivas del niño.

Los mitos que organizan la experiencia primaria de la cultura a la que dan sus formas auto-narrativas y auto-teorizantes elementales ofrecen modelos, lugares comunes, rasgos tendenciales de sus miembros. Para los antiguos griegos, Eros tuvo un aspecto pueril, caprichoso, travieso y tierno, y era representado a menudo como un niño. En lo que concierne a nuestra tradición más exitosa, la Biblia no es un libro que muestre amor ejemplar, respeto o particular comprensión por los niños. “El sacrificio de Isaac” (Génesis, 22. 1-19), aquel pasaje célebre que narra el momento en el que Dios pone a prueba a Abraham al exigirle el sacrificio de su único hijo (es cierto que sin su consumación), enseña que el cuerpo del niño pertenece al padre, o en todo caso al Señor; en una palabra: al *Pater*. Pero el simbolismo se enriquece: Le Goff y Truong (2005) señalan que la voz “Isaac” significa “risa”, y que ésta, por provenir de abajo, fue asociada al demonio, y en consecuencia ahogada, entre los siglos IV al X. ¿Por qué temerle a un niño que ríe? No obstante, el amor (Eros, Cupido), inquiere Bataille (2007), ¿no es tanto más angustiioso precisamente *porque* hace reír? Recién Tomás de Aquino le dará a la risa un estatuto positivo hacia el siglo XII. Nietzsche notará que Jesús/Cristo nunca ríe, y señalará el poder corrosivo de la risa en el *Zaratustra*, cuando “el más feo de los hombres” mata a Dios *riendo* (Nietzsche, 1883-1885/2007). Dios es el nombre de la angustia del niño interior: habita en las solemnidades, en los silencios, en las prohibiciones, en las *faltas*, y no tolera jamás la ridiculización disolvente a la que puede someterlo la *inocente* curiosidad de un niño.

En el *Nuevo Testamento*, Herodes da otra muestra de este largo hilo de sangre que conecta a la humanidad (al menos su rama cristiana) a través del “sacrificio de las primicias”, sospechosamente ubicuo. No pueden satisfacernos, por contraste, las siguientes palabras de Jesús: “Les aseguro que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas, 18:17). Nietzsche (1883-1885/2007, IV, “La fiesta del asno”, p. 419) enseñó a leer en ellas la exigencia de subordinación, mediocridad (“hacerse pequeño”, Mateo, 18:4), y de renuncia a la tierra. Arnold Zweig sintetizaba este tópico doloroso de nuestra historia milenaria en una carta a Freud de 1934: “Parece que los pueblos necesitan de tanto en tanto un símbolo del hijo sacrificado” (Freud; Zweig, 2000, p. 134).

Podrá objetársenos que aquí se confiere una prioridad casi excluyente a los “elementos negativizantes” de la infancia presentes en los relatos cristianos. Según esta crítica, excluiríamos, o no valoraríamos con justicia, a un Niño-Dios. Si bien puede afirmarse que, a diferencia del judaísmo como religión del Padre, el cristianismo es la religión del Hijo, e incluso que en éste Dios se hace niño, no es menos cierto que se trata de un Hijo destinado a morir en nombre del Padre (y/o de la Madre-Virgen). Más allá de

que puedan encontrarse elementos del mito que ponderan la infancia y se dirigen a cuidarla, la hipótesis de lectura que tratamos de sostener es que las líneas dominantes de la doctrina cristiana, en apariencia (consciente) purgadas de toda agresividad, y aun de toda crueldad, apuntan explícitamente a una sacralización del Hijo en sentido estricto: lo convierten en *sagrado*, *sacrificándolo*. Sólo hay que tomar al pie de la letra la palabra sagrada: el hijo es el “cordero de Dios” (*Agnus Dei*), víctima sacrificial que, con su muerte, “quita el pecado del mundo”.

Por otro lado, no es lícito reducir la historia a la mitología, pero es de notar que nuestros mitos recuerdan que no es conveniente desestimar los deseos inconscientes de los “padres” (adultos) hacia sus “hijos”. En este carril, es crucial recordar que, para la mitología griega, el destino mortal de Layo estaba decidido desde el día en que, oficiando de preceptor, agredió sexualmente a Crisipo, hijo del rey Pélope (Monzón, 2009). Esa historia que, de acuerdo a las propias palabras de Freud, nos estremece desde pequeños, e invade nuestros sentidos bajo un halo de misterio y de secreta admiración adulta, tiene como antecedente menos conocido un caso de violencia sexual infantil (que culmina en el suicidio de la víctima). Somos tan herederos de ese encubrimiento como del descubrimiento que sí se permite Edipo y que Freud trae a concepto.

Dados estos elementos de análisis, es esperable que del autodenominado “Anticristo” pudiera derivarse una transvaloración de la paidofobia de las religiones premodernas, y un cuestionamiento a la concepción de la infancia y la niñez en la primera modernidad.

Transvaloración nietzscheana de la niñez

En la parodia del cristianismo titulada *Así habló Zaratustra*, el niño es uno de los protagonistas. Esto es significativo sobre el telón de fondo del programa nietzscheano de la transvaloración de todos los valores. Lejos de ser solamente la representación de lo aún-no-adulto, de lo todavía-no-mayor-de-edad, a juicio de Nietzsche (1883-1885/2007, p. 51) “Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí”. En el discurso “De las tres transformaciones” (Ibid., p. 49-51) el espíritu debe transformarse en camello para aprender a soportar las cargas; en león luego, para romper con el deber impuesto desde fuera y contra sí mismo; por último, es preciso que el león devenga niño, pues éste es capaz de hacer algo que el feroz león no puede: crear lo nuevo. El niño es el auténtico ateo, la encarnación de una nueva inocencia. En “La más silenciosa de todas las horas” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 214), Zaratustra afirma:

Entonces algo me habló de nuevo sin voz: “Tienes que hacerte todavía niño y no tener vergüenza. [...] El orgullo de la juventud está todavía sobre ti, tarde te has hecho joven: pero el que quiere convertirse en niño tiene que superar incluso su juventud”.

El profeta del superhombre llama a abandonar el *infantilismo* (psíquico) que nos mantiene atados a los tutores que pretenden sustituir nuestra consciencia moral, pero esto no implica abandonar la niñez de modo absoluto. La libertad se asocia a la

superación de la deuda/culpa y de la vergüenza. El niño es el creador que ríe (como Eros), por lo cual no es aventurado asociarlo con la víctima del desprecio sacerdotal denunciado más adelante, cuando Zaratustra habla “De las tablas viejas y nuevas”: “Al creador es al que más odian” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 293). El odio al creador ocupa la cúspide del desprecio de los que se creen los buenos y los justos. La creación no admite mezquindad: es sólo en la medida en que uno sea capaz de dar, es decir, de darse a sí mismo sin esperar una retribución, que Zaratustra considera lícito tener un hijo. Ocurre que, al igual que toda creación, es difícil *pro-crear*. Zaratustra parece decirnos que la mayoría de la gente sólo se *re-produce*, en el sentido de que se busca producirse a sí misma de nuevo: sus gustos, sus hábitos y sus pensamientos. Y así, en lugar de *pro-crear* se repite. Moldear a las crías a imagen y semejanza del guía es la tentación a la que no puede resistirse Dios, y a la que sólo muy difícilmente escapan padres, docentes, gobernantes y analistas. La secreta tentación del educador es jugar a ser Dios (ese Dios que poco tiene de “juego”, en sentido nietzscheano), imponiendo el propio ideal a costa de sepultar el deseo del otro.

En un mundo en el cual el desierto crece, Zaratustra se siente un nómada en todas las ciudades y una despedida en cada puerta:

Desterrado estoy del país de mis padres [*Vaterland*] y de mis madres [*Mutterland*] (...) Por ello amo yo tan sólo el país de mis hijos [*Kinderland*], el no descubierto, en el mar remoto: que lo busquen incesantemente ordeno yo a mis velas. En mis hijos quiero reparar el ser hijo de mis padres ¡y en todo futuro – este presente! (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 180).

La utopía de este transvalorador es *presente y futuro reales y exultantes* contra las promesas de un futuro ilusorio. El presente es el tiempo de los niños y de las pasiones. El *país de la cultura* es el mundo en el que los niños son prioridad. Ni *Patria* ni *Matria*: *Kinderland*. Neologismo, concepto de imposible traducción en un contexto en el cual la “puerilidad” remite a cuestiones “menores” por asociación valorativa con lo insignificante. Zaratustra proclama, a contracorriente de la tradición de los patriarcas: “¡Qué importa el país de los padres!” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 294).

¡Constituya de ahora en adelante vuestro honor no el lugar de dónde venís, sino el lugar a donde vais! (...) El país de vuestros hijos es el que debéis amar: sea ese amor vuestra nobleza, – ¡el país no descubierto, situado en el mar más remoto! ¡A vuestras velas ordeno que partan una y otra vez en su busca!

En vuestros hijos debéis *reparar* el ser vosotros hijos de vuestros padres: ¡así debéis redimir todo lo pasado!

¡Esa nueva tabla coloco yo sobre vosotros! (Ibid. p. 281-282).

Estas declaraciones de Nietzsche-Zaratustra inmunizan contra las manifestaciones de una metafísica purgada de materia. Volveremos sobre el específico materialismo nietzscheano poco más adelante. Antes, queremos añadir que además del testimonio de un mundo otro, liviano, exultante y elevado, el niño aparece en el gran libro de Nietzsche cumpliendo otra función: éste mostrará de modo transparente la deformación de la

enseñanza de Zaratustra. En el discurso titulado “El niño del espejo” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 127-130), un niño se le presenta a Zaratustra en sueños, y le pide a éste que se mire en el espejo que el pequeño trae en sus manos. Zaratustra – así narra su pesadilla – grita aterrado al ver como su reflejo en la superficie del espejo la mueca y la risa burlona de un demonio. Perturbado aún por la experiencia mientras la narra, el profeta del superhombre interpreta el anuncio del niño en el sueño diciendo que su doctrina está siendo tergiversada. Así, deberá volver a mezclarse con quienes lo veneran.

Junto al protagonismo reflexivo, explícito y reiterativo de la figura del niño en el *Zaratustra*, hay otra figura asociada a la creación que se ofrece a nuestra atención de modo menos evidente, pero igualmente importante. Y quizá ya no haya que pensar entonces la transvaloración asociada a una cierta figura individualizada, sino a una *relación* particular, ya sea reprimida o novedosa. Si el niño es la figura que condensa la fuerza de la creación y la inocencia, Nietzsche también asocia más de una vez en la misma obra la experiencia creadora (estética) a la maternidad.

Habíamos escrito que los autoproclamados “buenos” y “justos”, que están asociados en el pensamiento nietzscheano al cristianismo triunfante como religión imperial, odian al quebrantador, al que rompe viejas tablas, al que se inventa su propia virtud. La creación está asociada a la niñez en el primer discurso del *Zaratustra* que ya analizamos, pero se asocia luego también a la maternidad:

¡Vosotros, creadores, vosotros, hombres superiores! Quien tiene que dar a luz está enfermo; y quien ha dado a luz está impuro.

Preguntad a las mujeres: no se da a luz porque ello divierta. El dolor hace cacarear a las gallinas y a los poetas.

Vosotros creadores, en vosotros hay muchas cosas impuras. Esto se debe a que tuvisteis que ser madres (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 388).

El campo semántico que configura las nuevas “virtudes” en esta obra nietzscheana desmonta, al menos en ciertos fragmentos, la frecuente tentación de asociar, por inercia patriarcal, fuerza, violencia y poder. La maternidad es el *vínculo* que se transforma en la sede de las virtudes del transvalorador, ya no exclusivamente *viriles*, en las que se avizora algo del horizonte inédito del superhombre. No en la persona-Madre que quiere al hijo para sí, sino en la *mater*-ialidad (Rozitchner dirá incluso en el amamantamiento), donde se halla el germen de estos valores. En efecto, cuando se refiere a los que él mismo considera virtuosos, Zaratustra asocia los nuevos valores a la maternidad: “¡Ay, amigos míos! Que vuestro sí-mismo esté en la acción como la madre está en el hijo; ¡sea esa vuestra palabra acerca de la virtud!” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 146). El sentido de esta sentencia se comprende mejor si se la vincula con otra que leemos más adelante: “Pues radicalmente se ama tan sólo al propio hijo y a la propia obra; y donde existe gran amor a sí mismo, allí hay señal de embarazo: esto es lo que he encontrado” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 230). Y aunque ha rechazado antes la *Matria* y de todo mundo pan-adulto en pos de un país de los hijos, la ética del superhombre en *Zaratustra*, parece

contar, dentro de sus aspectos infaltables, con valores maternos. No se trata de una cuestión marginal: Zaratustra termina explicitando la ética de la obra alrededor de ese ideal no des-mater-ializado de la gravidez y el amor materno. La suya no es una ética de la belleza, y tampoco una ética de la felicidad personal. Cuando señala su estrella polar Zaratustra habla como la madre antes imaginada: “Mi sufrimiento y mi compasión – ¡qué importan! ¿Aspiro yo acaso a la *felicidad*? ¡Yo aspiro a mi *obra*!” (Nietzsche, 1883-1885/2007, p. 433).

Nietzsche complejiza así, como en un paréntesis de su obra, el énfasis más unilateralmente viril, más inclinado a las virtudes primitivas – por definición, *varoniles*, dado que el concepto de “virtud” deriva de la voz “*vir*”, esto es, “*varón*”– que caracterizarán al superhombre temerario de otras obras, para componer un bello y necesario encomio de los valores maternos, creadores, sensibles, receptivos, generosos y protectores de lo nuevo⁴. Recupera y confiere alcance estético y político a la tradición que miraba al niño desde la perspectiva que lo enlaza con la madre (*téknon*), y los recluía al ámbito doméstico. El materialismo nietzscheano que podía definirse en principio la elaboración consumada de la muerte de Dios, muestra en *Así habló Zaratustra* una consecuencia menos obvia y menos reconocida: el cultivo transvalorador de los valores *mater*-iales.

Conclusión

El materialismo nietzscheano, que comienza con la muerte de la idea que sostiene la posibilidad de imaginar una existencia totalmente independizada de la *mater*-ialidad, se prolonga, en esa suerte de sueño que es el *Zaratustra*, con la revaloración de un materialismo cargado de sentidos y de historia, no reductible a la mecánica, o a una concepción idealista de “materia”. Freud avanzará por este camino. El pasaje de una jerarquía patriarcal de valores al recuerdo permanente de la *mater*-nalidad al que invita Nietzsche contribuiría a resquebrajar el rígido ideal de una adultez que, bajo la forma de cualquier figura de autoridad, re-produce sus mecanismos de control y ejercicio de la dominación.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGUSTÍN, S. *Confesiones*. Buenos Aires: Lumen, 1999.

BATAILLE, G. *Las lágrimas de Eros*. Tradução D. Fernández. 4. ed. Barcelona: Tusquets, 2007.

BUTLER, J. *Cuerpos que importan*. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”. 2. ed. Buenos Aires: Paidós, 2008.

4 No se trata de valores propios de un esencialismo ahistórico, sino de rasgos distintivos de funciones asociadas milenariamente a las mujeres, presentes en mitos, sueños y representaciones primarias en culturas diversas.

- DERRIDA, J. **Seminario La bestia y el soberano**. Volumen I (2001-2002). Tradução C. de Peretti; D. Rocha. 1. ed. Buenos Aires: Manantial, 2010.
- DUMÉ, D. **Acerca del vocabulario asociado a la educación**. Inédito. 2015.
- EL LIBRO DEL PUEBLO DE DIOS. LA BIBLIA. 7. ed. Ediciones Paulinas: Madrid, 1992.
- ELÍAS, N. **El proceso de civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas**. México: FCE, 1993 (Original de 1939).
- FOUCAULT, M. La lucha por la castidad. In: ARIÈS, P. et. al. (Org.). **Sexualidades Occidentales**. Barcelona: Paidós, 1987. p. 34-50.
- FREUD, S. La etiología de la histeria. In: _____. **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, 2006 (Original de 1896). Tomo III. p. 185-218.
- _____. La interpretación de los sueños. In: _____. **Obras completas**. Buenos Aires: Amorrortu, 1991 (Original de 1900). Tomos IV e V. p. 345-612.
- FREUD, S.; ZWEIG, A. **Correspondencia, 1927-1939**. Barcelona: Gedisa, 2000.
- FRIGERIO, G. **La división de las infancias: ensayo sobre la enigmática pulsión antiarcóntica**. Buenos Aires: Del estante, 2008.
- LAPLANCHE, J. **Nuevos fundamentos para el psicoanálisis: la seducción originaria**. Tradução S. Bleichmar. Buenos Aires: Amorrortu, 2001 (Original de 1987).
- LE GOFF, J. Y.; TRUONG, N. **Una historia del cuerpo en la edad media**. Barcelona: Paidós Ibérica, 2005.
- MONZÓN, I. **Abuso sexual: violencia de la desmentida**. 2009. Disponible em: <www.isabelmonzon.com.ar>. Acceso em: 23 jun. 2014.
- NIEMEYER, C. (Org.). **Diccionario Nietzsche**. Conceptos, obras, influencias y lugares. Tradução I. de los Ríos; S. Santana; J. L. Puertas; J. Planells. Madrid: Biblioteca Nueva, 2012.
- NIETZSCHE, F. **El nacimiento de la tragedia**. Tradução A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 1994 (Original de 1872).
- _____. **Así habló Zaratustra**. Tradução A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza, 2007 (Original de 1883-1885).
- ROZITCHNER, L. **La Cosa y la Cruz**. Cristianismo y Capitalismo (En torno a las confesiones de San Agustín). Buenos Aires: Losada, 2001.
- _____. **Materialismo ensoñado**. Ensayos. Buenos Aires: Tinta Limón, 2011.
- SCHAEFFER, J. M. **El fin de la excepción humana**. Buenos Aires: FCE, 2009.

Resumen

Fundamentalmente en *Así habló Zaratustra*, Nietzsche concentra su atención en la niñez y brinda aportes significativos para el desarrollo de una perspectiva que tenga, como objeto de estudio específico, el mundo de la infancia y la niñez. Frente a la reducción de la niñez (o de parte de ella) a la “minoría de edad”, pero también a despecho de las exigencias utilitaristas o ascéticas de la moral convencional, Nietzsche postula el “país de los hijos” y sueña con una “segunda inocencia”. Ésta equivale a la consumación de los ideales éticos y estéticos del superhombre. Sus aportes para una consideración de la infancia y la niñez ponen de relieve la violencia social específica contra los niños, y están indisolublemente ligados a la redefinición del “materialismo” que concibió contra la pudibundez religiosa y la idealización romántica de la infancia.

Palabras claves: materialismo, niñez, Nietzsche, patriarcado.

FECHA DE RECEPCIÓN: 27/02/2016

FECHA DE ACEPTACIÓN: 30/04/2016



Leandro Drivet

Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), e Investigador del CONICET. Profesor en la Facultad de la Educación de la Universidad Nacional de Entre Ríos (Argentina), donde integra el CIFPE y el CISPO. Publicó recientemente: “Freud como lector de Nietzsche” (Civilizar, Ciencias Sociales y Humanas, 2015).

E-mail: leandrodrivet@yahoo.com.ar